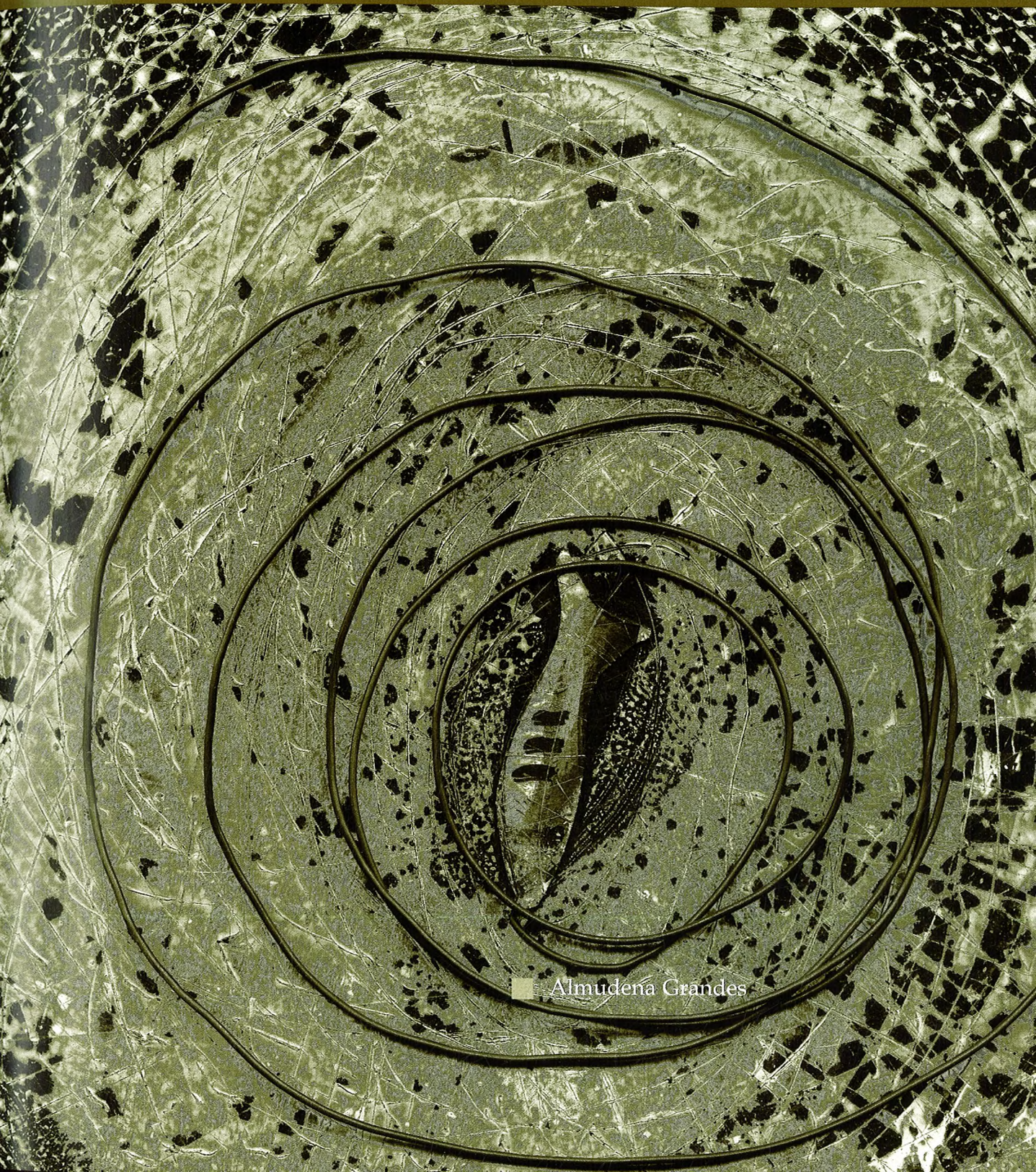
EL LECTOR DE JULIO VERNE

(Relato inédito)



Almudena Grandes

© Ivan Giménez, 2006

Almudena Grandes

EL LECTOR DE JULIO VERNE

La gente dice que en Andalucía siempre hace buen tiempo, pero en mi pueblo, en invierno, nos moríamos de frío.

Antes que la nieve, y a traición, llegaba el hielo. Cuando los días todavía eran largos, cuando el sol del mediodía aún calentaba y bajábamos al río a jugar por las tardes, el aire se afilaba de pronto y se volvía más limpio, y luego viento, un viento tan cruel y delicado como si estuviera hecho de cristal, un cristal aéreo y transparente que bajaba silbando de la sierra sin levantar el polvo de las calles. Entonces, en la frontera de cualquier noche de octubre, noviembre con suerte, el viento nos alcanzaba antes de volver a casa, y sabíamos que lo bueno se había acabado. Daba igual que en uno de esos viejos carteles de colores que a don Eusebio le gustaba colgar en las paredes de la escuela, pudiéramos leer cada mañana que el invierno empieza el veintiuno de diciembre. Eso sería en Madrid, porque en mi pueblo, el invierno empezaba cuando quería el viento, cuando al viento se le antojaba perseguirnos por las callejas y arañarnos la cara con sus uñas de cristal como si tuviera alguna vieja cuenta que ajustar con nosotros, una deuda que no se saldaba hasta la madrugada, porque seguía zumbando sin descanso al otro lado de las puertas, de las ventanas cerradas, para cesar de repente, como empachado de su propia furia, a esa hora en la que hasta los desvelados duermen ya. Y en esa calma artera y sigilosa, a despecho de los libros, y de los calendarios, aunque no estuviera escrito en ningún cartel, la primera helada caía sobre nosotros. Después, todo era invierno.

El hielo cubría el patio con una gasa blancuzca y sucia, como una venda vieja sobre los raquíticos troncos de los árboles que flanqueaban el pozo, y a la luz aún imprecisa del amanecer, otorgaba una misteriosa relevancia a cada guijarro,

perfiles nítidos que se destacaban del suelo encrespado, erizado de frío. También a mi nariz, que se despertaba en mi cara como un apéndice helado, casi ajeno, antes que yo mismo. Entonces sacaba una mano para tocarla, como si me extrañara encontrarla allí, entre mis ojos y mi boca, y el contraste de temperatura me dolía al mismo tiempo en la nariz y en la punta de los dedos. Para evitarlo, metía la cabeza entera bajo las sábanas calientes, ablandadas de calor, y me volvía a dormir, y ese sueño era mejor que el primero pero, como casi todo lo que es mejor en esta vida, duraba poco. La puerta del cuarto que compartía con mis hermanas quedaba en su mitad, al otro lado de la cortina verde, pero la ventana me correspondía a mí, y por eso madre me despertaba siempre antes que a ellas. Al mismo tiempo que la luz, percibía su voz, vamos, Nino, arriba, que ya es hora, y un instante después, sobre la frente, el beso leve, apresurado, que inauguraba sin remedio la mañana.

Todos los días comenzaban igual, los mismos pasos, las mismas palabras, el pequeño ruido de sus dedos al abrir las contraventanas y aquel beso también pequeño, la piel de mi madre rozando mi piel apenas, una delicadeza que nacía de la prisa y no se parecía a la estruendosa, repetida presión de los labios que me daban las buenas noches como si quisieran quedarse impresos para siempre en mis mejillas. Todos los días comenzaban igual, pero la primera helada, sin cambiar nada, lo cambiaba todo. En otras casas del pueblo, empezaban a mirar al monte con el ceño fruncido, un solo gesto de preocupación en muchos rostros diferentes. En la mía, que no era tal, sino tres habitaciones de la casa cuartel de Fuensanta de Martos, todos nos portábamos mejor porque sabíamos que, cuando empezaba el invierno, mi madre dejaba de estar para bromas.

Quién me mandaría a mí casarme con éste...

- Quién me mandaría a mí casarme con éste, a ver, quién me lo mandaría, con lo bien que estaba yo en mi pueblo, joder...

Eso era y no era verdad. Ella había nacido al borde del mar, en un caserío de pescadores, tan cerca de Almería que casi

parecía un barrio de las afueras de la ciudad. Allí nunca hacía frío. Yo lo sabía porque su hermana pequeña se había casado a principios de marzo, y nos había invitado a la boda. De entrada, la noticia no me impresionó, porque habíamos recibido otras ofertas semejantes y siempre habían sido en vano, pero aquella vez fue distinta a las demás. Primero, porque madre decidió ir, volver a su pueblo después de casi diez años de ausencia. Después, porque decidió llevarnos con ella. En 1947, aquel viaje representaba todo un acontecimiento para cualquier familia de la Sierra Sur.

- ¿Y padre por qué no viene? –me atreví a preguntar cuando ya estábamos sentados en el coche de línea que nos llevaría desde Martos hasta Jaén, mientras le miraba por la ventanilla, plantado en la acera, diciéndonos adiós con la mano.

- Porque no.

- ¿Y por qué no?

- Porque no puede.

- ¿Tiene que trabajar?

- Claro.

Aquella mañana, mi pueblo había amanecido con un palmo de nieve. En Martos, la nevada no había cuajado, pero hacía mucho frío, casi el mismo que en Jaén. Eso fue lo único que vi de la capital, porque el autobús nos dejó al lado de la estación con veinte minutos de retraso, y llegamos al tren corriendo, pero a pesar de la carrera, de los sudores y el ajetreo de los bultos que no cabían en el portaequipajes, no entramos en calor. A la media hora, el cielo estaba azul, el sol brillaba, y me desabroché el abrigo casi sin darme cuenta. Al rato, ya no lo aguantaba.

- ¿Es que aquí hay calefacción?

- No –contestó mi madre, sonriendo como si acabara de quitarse un peso de encima.

- Pues hace calor.

- Y más que va a hacer...

Entonces empezamos a ver flores, flores en invierno, enormes matas verdes salpicadas de manchas rojas, rosas, blancas o moradas, flores grandes y bonitas, como las que se compran en las tiendas, creciendo solas al borde de la vía del tren. Madre las iba señalando con el dedo, pronunciaba sin dudar sus nombres soleados, misteriosos, y mientras la escuchaba, adelfa, hibisco, buganvilla, yo pensaba en las amapolas, en las margaritas y en esas otras flores azules, tan diminutas que ni siquiera tenían nombre, que eran todas las que había en mi pueblo, y sólo en primavera. En las estaciones, la gente iba vestida a cuerpo, en mangas de camisa o con una chaqueta fina, sin abrochar, y yo los miraba, miraba aquel jardín,

un verano perpetuo, y de repente lo entendía todo, el mal humor de mi madre, sus juramentos de renegada sin esperanzas, aquel asombro amargo que la llevaba a preguntarse en voz alta, todos los años, cuando llegaba el hielo, y con él los días de la vida difícil, qué pintaba ella en Fuensanta de Martos. Pero las cosas no siempre son como parecen, y eso también lo descubrí en aquel viaje.

Adelfas, hibiscos, buganvillas. Cuando tres días después volví a verlas, tan bellas, tan inútiles, creciendo solas junto a la vía del tren que me devolvía a Jaén, a Martos, a las nieves de la sierra, había aprendido que los nombres no se mastican, que las flores no se pueden comer. Había visto el mar, pero también cómo las olas se iban llevando, de una en una, la alegría de mi madre. Había descubierto que ella no exageraba al decir que en su pueblo un hombre tenía bastante para trabajar con un tomate y un racimo de uvas al día, y que había pobres mucho más pobres que nosotros. Padre nos estaba esperando en el andén de la estación, muy abrigado. Me alegré tanto de verle que bajé la ventanilla para gritar su nombre, moviendo mucho los brazos en el aire, y no sentí la bienvenida del frío, que se cebó en mi nariz, en mis orejas, para celebrar mi retorno a sus dominios. Madre ni siquiera le preguntó cómo es que estaba allí y no en Martos, en la parada del coche de línea, donde esperábamos encontrarle. Él le dijo que nos había echado mucho de menos, y ella se abrazó a él como si todavía fueran novios, como si aún no se hubieran casado, como si nosotros no hubiéramos nacido y no estuviéramos allí delante, mirándoles, oyendo a mi madre decir que no, que no, que no vuelvo, Antonino, te juro que no vuelvo...

me cogió por los hombros, me besó...

- ¿Y tú qué, Nino? –mi padre dejó a mi hermana Pepa en el suelo, me cogió por los hombros, me besó-. ¿Te ha gustado el mar?

- Mucho, padre, es tan grande... Es enorme.

Eso le dije y él sonrió como si fuera exactamente lo que estaba esperando escuchar. Entonces comprendí que ya no iba a decirle nada más. Que no iba a contarle que mis primos me habían robado los zapatos, que me los había quitado para jugar

descalzo, como ellos, en la playa, y no los había vuelto a ver hasta que madre se enteró, y en lugar de regañarme, salió a la calle hecha una fiera para traerlos enseguida, cada uno con su calcetín dentro, igual que los había dejado yo al lado de una barca. Que no iba a contarle que la tía María del Mar vendía los huevos que ponían sus gallinas porque eran demasiado caros para que se los comieran sus hijos, ni que madre nos daba chocolate a escondidas para que no le pidiéramos la merienda a la abuela. Que no iba a contarle que el día de la boda, en la puerta de la iglesia, se me había acercado un hombre moreno y delgado, como todos por allí, para preguntarme si yo era el hijo del guardia civil, y aclararme luego que no me lo había preguntado por nada, sólo porque se alegraba de no ser mi padre. Aquel hombre, un viejo pretendiente de madre, se me había quedado mirando con una sonrisa atravesada, tirante, que parecía más alta por un lado que por el otro y daba miedo, pero eso ya no importaba, porque estábamos en Jaén, porque habíamos vuelto a casa.

En Almería había aprendido que las cosas no son como parecen y en las primeras estribaciones de la sierra, mientras el paisaje se iba ondulando, acatando de olivo en olivo la voluntad de las montañas que se elevaban al fondo, volví a pensarlo. El jeep avanzaba siempre cuesta arriba. Yo miraba por la ventanilla, recordaba la explosiva belleza de las flores que bordeaban un desierto llano, pedregoso, donde nada más crecía, y me alegraba de haber nacido tan lejos del mar. Desde la carretera, los montes parecían sólo piedra y arbustos, rocas yermas bajo un cielo inclemente, pero quienes habíamos nacido entre ellos los conocíamos bien, y conocíamos la riqueza que esconden para quien sea capaz de encontrarla. Porque en los montes no brotan las adelfas, no hay hibiscos tropicales, ni buganvillas con racimos de flores rojas, rosas, blancas o moradas, pero sí perdices y conejos, liebres y codornices, patos que vuelan o nadan en los lagos. Los arroyos que bajan de las cumbres con tanta prisa como si la nieve los persiguiera, envuelven truchas que engordan en su agua dulce, fría, y a veces, en las pozas donde a la fuerza se remansan, se instalan tumultuosas familias de cangrejos. En las orillas, crecen caracoles entre algunas hierbas que curan enfermedades, y por todas partes, espárragos silvestres que al final de la primavera están maduros, como las moras en verano, mientras que en otoño el suelo se llena de setas comestibles. El invierno es peor, pero en invierno bajan los jabalíes que huyen del hielo, y los ciervos se desorientan, se alejan de la manada y, con suerte para los cazadores, se pierden de vez en cuando. En los montes hay cuevas donde resguardarse del frío, sotos umbríos donde escapar del calor, colmenas repletas de miel en los huecos de los árboles, y agua de sobra para beber, para lavar, y hasta para bañarse. Hay

muchas cosas en el monte para quien sepa encontrarlas. Por eso, y aunque por una razón o por la contraria, nadie lo dijera nunca en voz alta, todos sabíamos que los montes de mi pueblo estaban llenos de gente.

Cuando me bajé del jeep tenía hambre y sueño, el cansancio acumulado en muchas horas de viaje, pero me fijé en que la nieve estaba sucia. De la deslumbrante perfección de aquel blanco infinito que me había despedido unos días antes, apenas sobrevivían algunos parches oscuros, condenados a convertirse en barro contra los muros orientados al norte, donde nunca daba el sol. Todavía nevaría un par de veces más, pero el frío fue aflojando lentamente, con una delicadeza que jamás nos concedía al regresar, a favor de un verano que resultó largo, caluroso y seco. Lo recuerdo bien, como recuerdo todos los acontecimientos de aquel año, que inauguró la que, durante mucho tiempo, sería la época más importante de mi vida. Cómo si también pudiera presentirlo, o quizás para hacerse perdonar por haberme enfrentado tan pronto a la crueldad de las paradojas, 1947 me hizo un regalo antes de condenarse en el limbo de los calendarios.

me la encontré sentada al lado del fogón...

El hielo no esperó a noviembre, pero mi madre sí lo esperaba a él. Cuando entré en la cocina, tiritando no tanto por la temperatura como por el desconcierto, el estupor que sucede a su primer zarpazo, me la encontré sentada al lado del fogón, refunfuñando como de costumbre, con el ceño fruncido. Se había envuelto en una capa vieja de mi padre y no pude ver qué estaba haciendo, pero cuando llegué a su lado, me sonrió. Sostenía en las manos una funda nueva, dos trozos de manta superpuestos, cortados a la medida de una botella de gaseosa y cosidos por el borde con una hebra de lana en puntadas muy seguidas y apretadas. De la base colgaba una pieza redonda, a modo de tapa, que iría rematada con un ojal hecho a la medida del botón que permitiría cerrarla por abajo, para conservar el calor del agua hirviendo sin riesgo de quemaduras.

- Mira, ¿te gusta? –la sonrisa de madre se hizo más grande y encontró una manera de brillar también en sus ojos.

- Sí, es muy bonita –y sólo entonces lo entendí-. ¿Es para mí?

Cuando la vi asentir con la cabeza, sentí una alegría salvaje que también era orgullo, gratitud y una expectativa de felicidad, el anticipo de la que sentiría al llegar a la escuela con mi propia botella metida en su funda. No encontré palabras para expresar una emoción tan compleja, y por eso me abalancé sobre ella, la abracé con todas mis fuerzas y la besé tantas veces que estuve a punto de tumbar la silla con nosotros dos encima.

- ¡Suéltame, Nino, que nos vamos a caer! –pero se reía.

- Gracias, madre –acerté a decir por fin-. Gracias, gracias, millones de gracias...

- Nada de eso. En enero cumplirás diez años, ¿o no? Eres mayor, y mucho más responsable que tu hermana, y a ella se la hice cuando tenía tu edad, así que... Pero tienes que prometerme que cuidarás bien de ella. No la pierdas de vista, no la dejes tirada en cualquier parte para irte a jugar, no la pongas en ningún sitio de donde se pueda caer... Si la rompes, o te la roban, hasta el año que viene no te daré otra. Los cascos cuestan dinero, ya lo sabes.

- No te preocupes, madre, que la cuidaré muy bien. ¿Dónde está?

- Todavía no la he comprado, ni siquiera me ha dado tiempo a terminar la funda. No he hecho el ojal, ni he cosido el botón, pero si quieres, puedes estrenarla esta noche. Y de momento, para ir a la escuela...

Señaló la chimenea con la cabeza y miré por última vez, sin rencor y sin nostalgia, la piedra negra, plana, que certificaba el final de mi verdadera infancia.

- No, no merece la pena. Seguro que hoy no hace tanto frío.

Los alumnos de la escuela de mi pueblo sólo reconocíamos dos grupos de niños, los pequeños y los mayores, clasificados según un criterio muy distinto al que empleaba don Eusebio para dividirnos en cursos y grados. Piedras y botellas, ésa era la ley suprema que imperaba sobre edades, estaturas o conocimientos. Los niños pequeños eran todos los que salían de casa apretando contra su pecho con las dos manos una piedra caliente, liada en trapos. Los mayores, en cambio, habían merecido la confianza de tutelar una botella de gaseosa rellena de agua hirviendo, que la funda casera fabricada con un trozo de manta gruesa, suavizada por el uso, convertía en una fuente de calor muy agradable. Las botellas conservaban la temperatura durante mucho más tiempo que las piedras, y al sentarse en el pupitre, daba gusto colocárselas sobre las piernas, hacerlas rodar arriba y abajo o ponerlas en el suelo para sujetarlas con los tobillos. Yo lo había visto hacer muchas veces, mientras intentaba apurar sin resultado el calor de la piedra apenas

tibia que volvía a llevarme a casa cada tarde, para que madre la desnudara, la pusiera de nuevo a la orilla del fuego, y volviera a liarla en tiras de sábanas viejas para entregármela en el mismo momento en que me mandaba a la cama, el otro lugar donde los mayores se distinguían de los pequeños según la ley de la piedra y la botella.

Aquel día estaba tan excitado ante la perspectiva de cambiar de categoría, que salí de casa con las manos metidas en los bolsillos, y ni siquiera tuve frío en la escuela, pese a que don Eusebio juzgó que había llegado el momento de encender la estufa pequeña y única con la que contábamos, para sentarse a su lado después de advertirnos, como de costumbre, que no pensáramos mal, porque el egoísta no era él, sino sus huesos, que presentían la vejez en el empeño de no calentarse nunca. Y aquella noche, por primera vez en mi vida, me alegré al abandonar el paraíso de la cocina, que madre había aprendido a calentar combinando la chimenea con los rescoldos del fogón y el brasero que manejaba mejor que nadie, porque llevaba mi botella nueva entre las manos. Ella la había rellenado con un embudo, había metido a presión el tapón de corcho que padre había tallado con su navaja para que encajara perfectamente, y había sellado la unión haciéndola girar bajo una vela encendida. Después, cuando la cera ya se había vuelto blanca y sólida alrededor del gollete, la metió en la funda, la abrochó, me la dio y casi la dejé caer al suelo, tan ardiendo estaba que la puse entre las sábanas antes de desnudarme, y cuando me reuní con ella toda la cama estaba caliente.

las paredes de la casa cuartel eran muy finas...

Y sin embargo, aquella noche no pude dormir. Quizás fueron los nervios, la novedad de no sentir el grito helado de mis pies al final de las piernas, quizás fuera el destino, pero cuando mis padres se levantaron de la mesa camilla, todavía estaba despierto. Escuché cómo apagaban la luz, cómo cerraban la puerta y cómo entraban en su cuarto, contiguo al mío, porque las paredes de la casa cuartel eran muy finas, porosas como esponjas, y no sabían guardar secretos. Por eso me enteré

de que mi madre se había metido en la cama vestida y escuché una por una las confusas instrucciones que mi padre seguía con resignación, antes de que él dijera algo que yo no debería haber oído.

- A ver, Antonino, ponte boca arriba que te voy a coger... No, así no, hombre. Así, muy bien... Hay que ver, hijo mío, qué suerte tienes, es que eres como una estufa, ahora los pies... No, dobla las rodillas...

- ¡Ay! Los tienes helados, Mercedes.

- Pues claro. Si no, de qué te crees que iba a hacer yo tanta gimnasia... Aguanta un poco, hombre... Bueno, voy a empezar a desnudarme.

- Ya era hora.

- ¿Y qué quieres? Yo lo paso muy mal, Antonino, soy de Almería, ya lo sabes, si te molesta, haberlo pensado antes...

- ¿Qué, puedo apagar ya la luz?

- Ea, apágala, sí.

En el silencio que se abrió a continuación, mi cama empezó a hacerse más blanda, más mullida, y yo sentí que me iba hundiendo en ella como si mi cuerpo estuviera relleno de una espuma tibia, sonrosada. Mis ojos, cerrados por fuera, empezaron a cerrarse también por dentro, pero antes de que se igualaran del todo, mi padre volvió a hablar, y yo a escucharle.

- Mercedes –él estaba muy despierto.

- Qué –ella le respondió sin embargo con una voz pastosa, rescatada del sueño.

- Me preocupa Nino –y a partir de ese momento, ninguno de los tres pudimos dormir.

- ¿Nino? ¿Por qué? Don Eusebio dice que va muy bien en la escuela.

- No, si el chico listo sí es, muy despejado, eso ya lo sé... Pero crece muy poco.

- Ya crecerá más.

- O no. Y lo que me da miedo... Si sigue así, no va a dar la talla, Mercedes, y si no da la talla, no va a poder entrar en el Cuerpo.

- ¿Pero qué estás diciendo, Antonino? Te recuerdo que tu hijo todavía tiene nueve años.

- ¿Y qué? Más vale prevenir que curar, ¿no? Si de mayor mide más de uno sesenta, puede ser guardia civil, pero si no llega... Por eso he pensado que lo mejor es que aprenda a escribir a máquina.

-¿Qué?

- Escribir a máquina, Mercedes, y luego que estudie francés, y al acabar la escuela... Pues no sé, Contabilidad o algo de eso. Así podría hacer oposiciones para secretario de Ayuntamiento, o de oficinista, en la Diputación. Si es bajito pero

listo, aunque no dé la talla, nadie se reirá de él, y podrá ganarse la vida mejor que yo, ¿o no?

- Mira, Antonino, yo no sé quién te ha metido a ti esas ideas en la cabeza, pero te voy a decir...

- No me digas nada, Mercedes. Tú hazme caso y no me des consejos.

NOTA

Este relato inédito pertenece al primer capítulo del próximo libro de Almudena Grandes. Una novela, que se titulará *El lector de Julio Verne* y será la primera de una serie de seis, que se irán publicando de dos en dos, en tres tomos, entre 2011 y 2012. Será, con todas las distancias, una especie de versión de los "Episodios Nacionales" de la posguerra y la dictadura. El primer tomo, que tendrá como título propio *La rabia* –la autora está pensando en ponerle a la colección de novelas el título *El corazón a cuestas*- contendrá dos novelas sobre la guerrilla. Ésta es una de ellas.